

nos á cada uno de nosotros. Y notémos que para todos los hombres de malas costumbres, la muerte viene siempre á sorprenderles imprevistamente, aun cuando la enfermedad dure muchos dias, porque no son más que dias de turbación, de confusión, de dolor, y que es difícil, en semejantes momentos, poner en orden una conciencia manchada de pecados. Decidme, hermanos míos, si os encontraráis en el momento de la muerte, desesperados á los ojos de los medicos, y yá reducidos á la agonía, cuánto no desearíais tener todavia un mes, una semana de más, para poner en orden el asunto de vuestra conciencia? Pues bien, Dios os acuerda este tiempo; pero pensad que él os llame y que os haga conocer el peligro en que estais de condenaros. Nada de dilacion; dádos á Dios: qué esperais? Esperais que venga en persona á enviaros al infierno. *Apresurad vuestro paso*, os diré con las palabras de nuestro divino Salvador, *mientras que teneis para ilustraros la luz del dia*. Sabed hacer uso de esta luz, de este tiempo que Dios os concede; y mientras que podeis, arregládos; porque un tiempo puede venir en que no lo podréis yá. » Si dejais llegar este tiempo, sufriréis inevitablemente la suerte lamentable de Jerusalem. Podámos todos, cristianos, evitar esta suerte desgraciada, y sér, por el contrario, á nuestra muerte, ciudadanos de la Jerusalem celeste! Así sea.

NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

CUARTA INSTRUCCION.

Jesus arroja del templo á los mercaderes.

I. Lo que él hace. — II. Lo que él dice.

El Evangelio del cuál acabo de daros lectura, refiere un hecho muy extraordinario. Nuestro Señor, cuya dulzura era tan admirable, y que en toda circunstancia, aun delante de los ultrajes de sus enemigos, tan perfectamente dueño de sus impresiones;

Nuestro Señor se deja llevar, en este dia, por una emoción tal que arroja del templo á los mercaderes que alli se encontraban, dirijiendoles palabras de una extrema severidad. Semejante accion y tales palabras deben, pues, encerrar importantes lecciones. Es á estudiarlas que me propongo consagrar nuestra platica de este dia, considerando, en una primera reflexion, lo que el Salvador hace en esta circunstancia, y en una segunda, lo que él dice.

I. — *Lo que hace el Salvador*. — Acababa de llorar por la ciudad de Jerusalem, en medio de la multitud que le aclamaba triunfalmente. No fué en la fortaleza de Sion, ó en el palacio del rey, porque no venia á reinar temporalmente; sinó que fué en el templo, porque era el Hijo de Aquel que se adoraba y yendo alli, era á la casa de su Padre adonde iba ¹.

1. *Et intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes*, Jesus ingrediens Jerusalem, non arcem Sionis, quasi alter David, sed templum adiit, ut ostenderet se esse Filium Dei Patris, qui in templo colebatur, illique honorem hic sibi a populo attributum, omnemque gloriam suam acceptam referret, quem non alio fine susceperat, quam hoc, ut homines ad Deum adduceret. Quocirca non est dubium Christum in templo Deo Patri gratias egisse, quod se velut Messiam toti urbi patefecisset, imo totius populi applausu glorificasset. Rursum prima JESU, utpote Pontificis et Messiae, cura erat templi. Unde ingrediens urbem, illud primo adiit, ut nos idem facere doceret. Hac de causa iter suum adornavit per Bethaniam (ubi suscitavit Lazarum) et Bethphage, quæ erant ex opposito templi, ut per illas statim pergeret ad templum. Nam, ut dixi vers. 1, Christus ex Bethphage transiens montem Oliveti, inde per vallem Josaphat directe perrexit ad portam Auream (quæ tam templi erat, quam urbis), juxta quam erat aquila aurea erecta ab Herode: quare per portam hanc illico ingressus est in templum. Vide Adrichomium in descriptione Jerusalem, iter hoc Christi graphice delineantem, qui et addit tradi a nonnullis Auream hanc portam solere esse clausam, sed ad adventum Christi quasi per miraculum fuisse reseratam. — Nota: per templum hic intelligi non Sanctum, nec Sanctum Sanctorum (in hoc enim soli pontifici, in illud solis sacerdotibus fas erat ingredi), sed atrium templi, in illud enim intrabant laici oraturi et spectaturi sacrificia quæ

Quizás preguntaráis enseguida cómo un solo hombre, sin ninguna autoridad humana, y sin la ayuda de nadie, há podido, en frente de los sacerdotes y de los escribas, que le aborrecían, arrojar del templo á los mercaderes que se encontraban en gran numero. San Geronimo nos hace saber que salia de los ojos del Salvador un fuego brillante y terrible, y que el brillo de la majestad divina aparecia en su rostro, lo que sobrecojió á todo el pueblo de temor y de miedo¹.

Pero consideremos en si misma esta accion del Salvador, es decir quiénes son á los que arroja, de dónde los arroja, y porqué los arroja. El Evangelio nos dice que á los que arroja son mercaderes, es decir los que vendian y compraban las victimas necesarias para los sacrificios, así cómo otras cosas de las cuáles se tenia necesidad para el ejercicio del culto divino. Habia tambien cambiantes para el dinero de los estrangeros. Todos estos se encontraban, no el interior del templo, sinó en el recinto exterior, llamado el atrio de los gentiles, porque todas las naciones profanas podían entrar. Antiguamente, el mercado de que se trata se tenia en la ciudad; pero los sacerdotes, bajo pretesto de como lidad para el publico, pero en realidad por un espíritu de avaricia, lo habian trasladado al atrio de que se trata; ellos alquilaban muy caro los puestos á los mercaderes y sacaban de este comercio una grande renta. Habia

fiabant in atrio sacerdotum ante Sanctum : hoc enim atrium erat quasi populi templum. Christus enim non erat sacerdos leviticus, quia non erat prognatus ex Levi et Aaron : quare Sanctum ingredi non poterat, nec atrium sacerdotum, sed tantam atrium populi (CORN. A LAP. Comm. in Matth., XXI, 12).

1. Mihi inter omnia signa quæ Christus fecit, hoc videtur mirabilius esse, quod unus homo, et illo tempore contemptibilis, et in tantum vilis ut postea crucifigeretur, scribis et pharisæis contra se sævientibus, et videntibus lucra sua destrui, potuerit ad unius flagelli verbera tantam ejicere multitudinem, mensasque subvertere et cathedras confringere, et alia facere, quæ infinitus non fecisset exercitus. Igneum enim quiddam atque sidereum radiabat ex oculis ejus, et divinitatis majestas lucebat in facie (S. Hierony, in Matth.).

en eso una verdadera profanacion, y es lo que habia escitado la indignacion de Nuestro Señor, y le llevó á hacer la accion que nos refiere nuestro Evangelio¹.

Pues si Nuestro Señor se há indignado, hasta este punto, contra los profanadores del templo de Jerusalem, aunque este templo no encerrase á Dios en persona, aunque los vendedores y compradores permaneciesen en el recinto exterior, aunque el comercio que hacian tuviese por fin el culto divino; qué indignacion más grande todavia no debe sentir contra los profanadores de nuestras iglesias, en dónde reside en persona, y adónde no se teme el ir, hasta frente del altar sagrado, á ocuparse de la cosas profanas, hablar de negocios, maltratar al progimo, reirse de las cosas, escandalizar, exhibir tocados llamativos é ínmodestos, cometer irreverencias, cambiar miradas criminales, seducir inocentes y sostener intrigas culpables!

« Para formarnos una idea justa del pecado de profanacion, para sentir cuán odioso es al Señor, consideremos los caracteres particulares que reune y que le hacen más criminal.

» Desde luego no puede, cómo muchas otras ofensas, ser excusada ó atenuada por la vivacidad de las pasiones. Sin duda, el arrebato de la codicia, causando nuestros pecados, no los justifica; pero disminuye la malicia. El autor de nuestra naturaleza cómo toda la imperfeccion. El sabe que somos un compuesto fragil de una debil carne, y de un espíritu pronto á escitarse y lento para tranquilizarse². Su corazon paternal está conmovido por las faltas adonde

1. Vendentes et ementes ejecit Christus e templo, id est, atrio templi, duabus de causis. Prior est, quod non deceret res illas vendi in templo, sed in foro. Templum enim est domus orationis, non negotiationis, ut ait Christus. Posterior, erat avaritia et usura sacerdotum. Hi enim per suos vel famulos, vel institores, oves, hædos, columbas vendebant carne iis qui illa offerre volebant in templo, præsertim peregre venientibus et pauperibus, a quibus ob dilationem solutionis lucrum per usuram extorquebant. Unde a Christo vocantur latrones. Ita S. Chrysostomus (CORN. A LAP. Comm. in Matth. XXI, 12).

2. Spiritus quidem promptus est, caro vero infirma. (Marc. XIV, 38).

nos arrastra el ardor de la concupiscencia. La efervescencia que las hace cometer inspira su piedad, al propio tiempo, que su colera; y atrayendo su severidad, escita no obstante su indulgencia. Pero la irreverencia en el lugar santo no es el efecto de la pasión. No es en estado de turbación, es à sangre fría que se comete. Es menor la debilidad que arrastra que la voluntad que ponemos. Este deplorable pecado no procura placer alguno, no satisface gusto alguno. No hay otro atractivo que el placer de ostentar impiedad que se tiene, ó que quizás no se tiene.

» Además la profanación del lugar santo agrega al vicio del pecado, la audacia de no avergonzarse de ello. No contento con ofender à Dios, ella le ultraja al propio tiempo que le irrita y le provoca. Vá à buscarle hasta en el altar y à desafiar sus iras. No es solamente, cómo en los otros pecados, que la ley es menospreciada, es el mismo Autor de la ley quién es insultado. El Rey de los reyes es atacado en su palacio, y hasta en el trono de su misericordia, y uniendo la ingratitude à la insolencia, se elije para ofenderle el lugar y el momento en que él ofrece y desparrama sus beneficios. La presencia del profanador en el templo es, por una inconsecuencia criminal y bizarra à la vez, una profanación y una renegación del cristianismo. Es reconocer la religión el unirse à su culto; es desautorizarla el insultar su culto. Se vá al templo para no sér tenido por ímpio; se está en él indecentemente para no sér tenido por cristiano. Los furores de la heregia, las debilidades de la apostasia, son más criminales que la demencia de la profanación? Cuál, en vuestra opinion, es más culpable, el calvinista que blasfema de la presencia de Dios en la cuál no créé, ó el que, diciendose catolico, ultraja à un Dios que hace profesón de reconocer? Compararéis la apostasia de estos desgraciados que, vencidos por los suplicios, renunciaban de Jesucristo que honraban siempre en el fondo de su corazón por su dolor y remordimientos, à la de los profanadores vueltos ímpios, no por temor, sínó por audacia, y que lejos de afli-

— Recordatus est quia caro sunt; spiritus vadens, et non rediens. (Psal. LXXXII, 39).

girse de su crimen, tienen todavia el descaro de glorificarse por ello?

» Por ultimo otro vicio que caracteriza y hace más criminal al profanador, es el ser necesariamente escandaloso. No solo rehusa à Dios sus adoraciones, le quita las de los demas; no solo turba el culto, trabaja por destruirle; no solo ahoga en él mismo la religion, se esfuerza por hacerla desaparecer de todos los corazones; no solo es discipulo del demonio, él se hace su satélite. Uno de los motivos por los cuales la Iglesia reúne à sus hijos en los templos, es para que la piedad de los unos reanimela de los otros. Qué de más conmovedor, en efecto, qué de más propio à escitar el fervor, que la vista de una numerosa multitud, postrada, atenta, recogida delante de los santos altares, cómo lo están los espíritus bienaventurados delante del altar celeste, y sirviendose reciprocamente de modelo y de estímulo? Pero por la razón contraria las irreverencias cometidas en los templos se convierten en lecciones de irreligión. Ellas enseñan, autorizan, estimulan y acostumbran à menospreciar lo que hay de más sagrado. Hombres elevados en dignidad, padres de familia, todos vosotros que, por cualquier título, gozáis en el mundo de autoridad, son vuestros peligrosos ejemplos los que seducen à la juventud para imitaros, y pretender señalarse, cómo vosotros, por la impiedad.

» Recorréd los libros santos, y ved las terribles venganzas que Dios há constantemente sacado de los profanadores. Ved heridos de una muerte subita los hijos de Aáron, por haber encendido en el altar un fuego extraño; Oza, por haber querido sostener con su mano el arca que valanceaba; cincuenta mil Betsamitas, por haber mirado irrespetuosamente. Ved Ozias, cubierto de lepra, por haberse atrevido à entrar en el santuario. Comparád enseguida estas irreverencias que parecen tån ligeras, con los horribles escandalos de que somos todos los dias testigos. Comparád este templo, este altar, esta arca con nuestros santuarios, en donde Dios reside personal y corporalmente. *Temblád delante de mí santuario*, decia à los Judios, *yo soy el Señor*. El tabernaculo del cuál hablaba así no era más que una vana sombra, que una figura vacía de áquel delante del cuál vosotros compareceis; y podriais pensar que exigiera menos res-

peto, que os permitiera presentaros con menos temor delante del tabernaculo que llena con su majestad!

» Pero el aspecto solo del lugar no debiera inspiraros esta profunda veneracion? Adonde se pueden dirigir vuestras miradas, sin recordaros la presencia de Dios y sus beneficios? Al entrar en el templo, el primer objeto que se os presenta, son las pilas bautismales en donde Jesucristo os adoptó por hijos suyos, en donde prometisteis reconocerle, reverenciarle, quererle como vuestro padre. Estos bautisterios, testigos de vuestros juramentos, van á serlo de vuestro perjurio? Un poco más adelante descubris los confesonarios, en donde la pena de vuestras faltas y la promesa de evitarlas os alcanzaron el perdón. Este pacto de vuestra reconciliacion, quereis violarlo en el lugar mismo en donde lo habeis contraido? Avanzad, y os encontraréis bajo este pulpito, de donde tantas veces se os dirigieron saludables consejos de fé. Allí fuisteis instruidos del respeto que debeis á la religion y á sus templos; y seria allí que formarais el proyecto de profanarlos? Todavía un paso, y héos al pie de la mesa santa, en donde Jesucristo os há alimentado con su propia carne; y hariais de ella el teatro de vuestros ultrajes! y cómo su perfido apostol, lo habriais recibido para traicionarle y entregarle á su enemigo! De allí, levantad los ojos, y veréis en frente de vosotros el altar, el tabernaculo, de donde Jesucristo os contempla, de donde vé, no solamente lo que haceis, sino lo que meditais en el fondo de vuestro corazon; y seria bajo su mirada penetrante que os atreveriais á concebir el pensamiento de insultarle! seria rodado de todos estos objetos de los cuáles uno solo deberia bastar para despertar en vuestro corazon el respeto y el santo temor del lugar santo, que os dejariais llevar al arrebatado de la irreigion y al escandalo de la impiedad ¹!»

Ah! que todas estas razones, tan fuertes y tan tiernas, nos penetren de un justo horror por el pecado de profanacion, y nos lo hagan evitar hasta en la apariencia ²!

1. La Luz. Explic. de los Evang. 9, dom. de Pentecostes.

2. *Domus mea, domus orationis est*, etc. Nuestro Señor testimonia tanta

Pero no es bastante el no profanar nuestras iglesias; no es ese más que un deber negativo, y tenemos que cumplir, con respecto á él, un deber positivo que nos ván hacer saber,

indignacion al entrar en el templo porque vé faltar al respeto á la casa de su Padre. Nuestras iglesias son infinitamente más respetables que el templo de Salomon, puesto que Nuestro Señor reside en persona. — Tres motivos nos obligan á no faltar nunca al respeto en nuestras iglesias. — Primer motivo. Es que se ultraja á Dios en donde se le debe honrar. *Domus mea domus orationis est, vos autem fecistis eam speluncam latronum*. Qué trastorno! En nuestras iglesias, 1º Jesucristo descansa; ellas son su casa, su mansion, su palacio; es allí que quiere recibir las adoraciones de los hombres; y es allí que recibe sus ultrajes: no está al abrigo de sus insultos en los lugares de refugio que se há elegido. 2º Jesucristo se humilla, se anonada delante de su padre, observa la seria detencion, la más humilde actitud, el más respetuoso silencio. Se creará! es allí que los cristianos, orgullosos espectadores de las humillaciones de su Maestro, vienen á reír y á hablar, cómo si el esclavo tuviera derecho á aparecer con altivez en donde el hijo se muestra como humilde. *Primis ecclesie temporibus domus erant ecclesie, nunc ecclesia est domus quavis domo deterior*. Saint Chrys. En nuestras iglesias. 3º Jesucristo se ocupa, se aplica á honrar y á suplicar á su Padre; qué hacen los cristianos? vosotros lo sabeis; nunca su presencia es más ociosa, más inútil y más disipada. — Segundo motivo. Se mancha su alma en donde se la debe purificar. *In terra sanctorum iniqua gessit*. Isai., xxvi, 10. Qué desolacion! En nuestras iglesias. 1º El pecador debe orar y procurar doblar en su favor la divina misericordia. Qué sucede? ó no se ora absolutamente, ó si se ora, es con los labios y sin deseo de volver á Dios. Tal fué la suplica del fariseo en el templo, suplica que se convirtió en pecado. En nuestras iglesias. 2º el pecador debe instruirse. Las catedras evangelicas, las pilas bautismales, etc. Que de manantiales de luz y de uncion para cualquiera que querrá recojerse; pero, ay! el pecador cogido de un mortal fastidio, con los ojos distraidos y el espíritu pensando en otras cosas, pisotea tantas gracias, y se endurece en donde todo debiera enternecerle. En nuestras iglesias. 3º el pecador debe santificarse; la piscina saludable ofrece volverle la salud, y la mesa celeste darle las fuerzas; pero, oh desolacion! él agita otros pensamientos en su espíritu; proyectos de vanidad, de iniquidad! etc. Sus crímenes no son bastante

II. *Las palabras pronunciadas por Nuestro Señor arrojando á los mercaderes del templo.* — Estas palabras son las siguientes: *Está escrito: Mi casa es una casa de oracion, y la habeis convertido en una cueva de ladrones.* La casa de que se habla aqui, era, sin duda, el templo de Jerusalem; pero eran tambien nuestras iglesias, de las

horribles, si él no añade la impiedad, la irreligion, el sacrilegio. Tercer motivo. Se escandaliza al prójimo á quien se debe edificar. *Erant peccata puerorum grande nimis, quia retrahebant homines a sacrificio.* I. Reg. xviii, 2. Qué desgracia! En nuestras iglesias 1º debe encontrar con que reanimar su fervor; pero ay! él no oye más un ruido perpetuo de niños que corren, de gentes que hablan, de amigos que se buscan, de devotos que disputan, de mundanos á quiénes es preciso puestos de distincion; él no vé más que aparato y vanidad; que idolos alguna vez mejor adornados que los altares, que posturas indecentes é inmodestas; felices si el lugar santo no es para él un lugar de tentacion! En nuestras iglesias. 2º El libertino debe encontrar con que confundir su irreligion. Pero, ay! no vé nada que no autorice sus burlas, y el menosprecio que hace de nuestras más augustas ceremonias. El razona mal, lo sé; pero desgraciado á quien preste ocasion de razonar asi! En nuestras iglesias, 3º El infiel, el hereje deben advertir con que atraer su veneracion, pero ay! que deben ellos pensar, si juzgan de la grandeza del Maestro por la forma cómo es servido, ellos que se hacen un deber de ser tan respetuosos en el ejercicio de su falsa religion? — Tres practicas. 1º Acordarse de la presencia de Dios cuando se entra en la iglesia. 2º Alejarse de toda ocasion de inmodestia cuando se coloca en la iglesia. 3º Recogerse y ocuparse de la oracion cuando se está en la iglesia. (*Plans. nouv. Gaume, 1868. Sobre las faltas ordinarias en las iglesias.* Destruyen el respeto debido á las iglesias. 1º Toda disipacion marchando y todo aire de disipacion. 2º Toda modestia en los vestidos y todo deseo de ser visto. 3º Toda cita formada y toda postura indecente. 4º Toda mirada curiosa, toda conversacion inutil y toda distraccion voluntaria. 5º Todo proyecto de diversion, todo fastidio y disgusto, y toda hipocresia afectada. — Hay una sola de estas faltas que no tengais que censuraros? os habeis bien confesado de ellas? os habeis corregido? os corregireis en el porvenir? *Platicas, Vere Dominus est in loco isto et ego nesciam.* Gen. xviii. (Id. *ibid.*).

cuáles el templo de Jerusalem no era más que la figura. En efecto, nuestras iglesias son, en un sentido más estricto, la mansion de Dios. Es alli que, en *Jesucristo*, segun la espresion del Apostol, *habita corporalmente la plenitud de la divinidad*¹. Nuestras iglesias son entre nosotros la imagen del cielo. En aquellas cómo en este, es el mismo Dios adorado, el mismo cordero sin mancha colocado en el altar, los mismos canticos repetidos. Pues de esto que nuestras iglesias son la casa de Dios, en donde él habita en la tierra, resulta para nosotros el deber de frecuentarlas. Porque para que Dios habria establecido su mansion en nuestras iglesias, si no fuera para recibir nuestras visitas. Este deber es el mismo, guardada proporcion, que el de recibir el Bautismo y los demás sacramentos. Desprende de este principio que Dios no hace nada en vano, nada que no seá con tendencia á un fin. Si há instituido los sacramentos, es para que los recibamos, y hay obligacion en nosotros de recibirlos. Si ha mandado á sus apóstoles predicar el Evangelio, es para que vayamos á oírles, y hay obligacion en nosotros de ir. Del mismo modo, si él ha establecido su mansion aqui bajo, en nuestras iglesias, es para que vayamos á visitarle. Cuando un rey vá á establecer, por algun tiempo, su estancia en un lugar cualquiera de sus estados, sus más fieles subditos de los alrededores no se apresuran en ir á ofrecerle sus homenajes? Y nosotros no haríamos por nuestro Dios, lo que se hace por un rey? Qué digo por un rey! por el menor personaje que los acontecimientos, ó sencillamente las intrigas, han puesto un poco en evidencia. Y si este rey, y si este personaje tendrian motivos de estar irritados contra sus fieles, si no fueran á visitarlos; con cuánta más razon la soledad de nuestras iglesias no es injuriosa para Dios, á quién nosotros pertenecemos, y de quién hémos recibido todo lo que somos y todo lo que tenemos. Hablo de un rey, hablo de un personaje más ó menos visible; pero pasaríamos por delante de la puerta de un bienhechor sin entrar en su casa para hacerle una visita? Y qué bienhechor podria ser comparable con Dios, que no cesa de acordarnos en todos los ins-

1. Coloss. ii, 9.

tantes, con tanta solicitud cómo generosidad, nuevos favores! Pero Dios es para nosotros todavía más que un bienhechor! és nuestro Padre. Y cuál es el hijo bien nacido que podría desertar de la casa de su padre, y nunca entrar para saludarle!?

El deber de frecuentar las iglesias no se desprende solamente de que ellas son la casa de Dios; sínó de que ellas son *casas de oracion*. En efecto, quién dice casa de oracion, dice casa á donde se vá á adorar á Dios, á agradecerle los beneficios recibidos y á pedirle sus gracias. El deber de frecuentar las iglesias es, en cierto modo, tán rígoroso cómo el deber de orar. Sin duda, se puede orar, y muy bien, en todo lugar; y no solamente se puede hacerlo en todo lugar, sínó que debe hacerse, puesto que no se puede estar siempre en la iglesia. Pero de que se puede y se debe orar en todo lugar, esto no destruye, ní disminuye en nada el deber de ir, en cierto tiempo, y en algunas circunstancias, á orar á la iglesia. Estos tiempos y estas circunstancias son principalmente cuando recibimos los sacramentos que no se administran más que en la iglesia, y sobre todo

1. Si la providencia os hubiera colocado en este tierra que fué antiguamente honrada por la presencia de Jesus; si os hubiera hecho vivir en la region ilustrada por los misterios de su vida y de su muerte, no os apresurariais á ir á visitar estos lugares celebres? No considerariais cómo un deber el tributarle homenajes en el establo en donde nació, en el Calvario en donde espiró? no buscariais sobre esta tierra consagrada por él, la huella de todos sus pasos? Pero que iriais á buscar que no lo encontréis en el altar? Allí se operan, al mismo tiempo, todos los misterios que se realizaron sucesivamente en el curso de su vida mortal. Allí, él nace por la palabra del sacerdote, cómo en Belen. Allí, es ofrecido por la mano de su ministro, cómo lo fué en el templo por su madre. Allí, desparrama sus gracias sobre el pueblo cristiano, cómo en el curso de sus misiones vertía sus beneficios sobre la nacion judia. Allí se inmola cómo en la cruz. Ay! allí recibe, de los ímpios y libertinos, ultrajes tán dolorosos, cómo en la casa del gran sacerdote, en la corte de Herodes, en el pretorio de Pilatos. Ofreciendole vuestros respetos en su templo, le adorais al mismo tiempo en todos los diferentes estados en que há pasado durante su estancia en la tierra. (La Luz. Expl. de los Evang. 9. dom. despues de Pentec.).

los domingos y fiestas. Estos dias la obligación de ir á orar á la iglesia es estricta y rigurosa, y cualquiera que no lo hace, sín estar dispensado por alguna causa absolutamente seria, peca grave y mortalmente. En los demas dias, la obligación de ir á orar á la iglesia no es la misma sín duda; es decir que no se comete pecado mortal no yendo. Pero es muy difícil de admitir que no se es más ó menos culpable á los ojos de Dios cuando, pudiendo ir, no se vá, al menos durante mucho tiempo. Porque es un principio que se está obligado á hacer todo lo que puede sér util á la salvacion, y que menospreciando de una manera habitual la obligación esta, se hace culpable delante de Dios, aunque no fuese más que de negligencia. Pues qué de más util á la salvacion cómo el ir á orar á las iglesias? Lo repito, Dios puede oír y atender nuestras suplicas, de cualquier lugar de donde se las dirijamos. Pero las oye mucho más gustoso, cuando vámos á la iglesia para dirijrselas. Y esto por muchas razones. Desde luego, por esto solo que cuando vamos á la iglesia para rezar, reánimamos en nosotros las disposiciones de fé y de fervor necesarias para orar bien. — Enseguida, habiendo llegado á la iglesia tódo lo que nosotros vemos, las pilas sagradas del bautismo en donde hemos sido hechos cristianos, el tribunal de la Penitencia en donde Dios nos há tantas veces perdonado nuestros pecados, el santo altar en donde Jesucristo se inmola todos los dias por nosotros y en donde permanece para escucharnos¹; todo esto, digo, concurre á aumentar estas buenas dis-

1. Es allí que recibe nuestras visitas, escucha nuestros votos y nos distribuye sus gracias. Allí, sus ojos están abiertos sobre nosotros, sus oídos atentos á nuestra voz, sus manos siempre llenas de beneficios, y siempre dispuestas á desparramarlas. Allí están las riquezas de su bondad, el trono de su misericordia, el manantial de sus bendiciones. Alegrados, alma mia, vamos á la casa del Señor, á tributarle homenajes, á bendecir su santo nombre, á cantar sus alabanzas, á escuchar su palabra, á esponerle nuestras miserias. Ah! qué de cosas tengo que decirle, y cómo son importantes los asuntos que tengo que tratar con él! Cuántas gracias no tengo que pedirle, cuantos favores que agradecerle! Mis bienes, mi salud, mi vida, mi suerte, mi eternidad, todo esto está en